

CHARLOTTE
LÖWENSKÖLD

Selma Lagerlöf

❧ LA CORONELA ❧

I

T tiempo atrás, residía en Karlstad una coronela llamada Beate Ekenstedt. Baronesa de nacimiento, pues pertenecía al linaje de los Löwensköld de Hedeby, era una mujer distinguida, amable y culta, capaz de escribir versos tan ocurrentes como los de la gran poeta Anna Maria Lenngren. De constitución menuda, hacía gala, sin embargo, del porte erguido característico de los Löwensköld, así como de un atractivo semblante. Siempre tenía palabras hermosas y encantadoras para todos aquellos que se cruzaban en su camino, y el halo romántico que desprendía dejaba una impresión imborrable en cualquiera que la viese por primera vez.

Vestía de manera exquisita, iba siempre perfectamente peinada, y, dondequiera que acudiese, portaba de forma invariable el broche más hermoso, la pulsera más elegante

y el anillo de joyas más reluciente. Tenía los pies más pequeños y delicados que jamás se hubieran visto, y, sin importar la moda, calzaba primorosos zapatos de tacón alto, revestidos de brocado dorado.

Habitaba la más elegante casa de Karlstad, ubicada no en el laberinto de callejuelas estrechas sino a orillas del Klara, lo que le permitía contemplar las aguas del río desde su pequeño gabinete. Solía contar que una noche en que la luna iluminaba el cauce, había visto al genio de los torrentes sentado allá abajo, tañendo un arpa dorada justo a los pies de su ventana. Y nadie dudaba de su visión. ¿Por qué no habría de querer el genio, al igual que tantos otros, ofrecer una serenata a la coronela Ekenstedt?

Todos los visitantes distinguidos que arribaban a Karlstad acudían a presentarle sus respetos. De inmediato quedaban cautivados por ella y lamentaban que se hallara confinada en una ciudad de provincias. Se decía que el obispo Tegnér le había dedicado un poema y que el príncipe heredero había comentado que poseía el encanto de una dama francesa. El propio general von Essen, así como otros que habían vivido los tiempos de Gustavo III, reconocían que las cenas ofrecidas en casa de la coronela Ekenstedt no tenían parangón, ni en las viandas, ni en el servicio ni en la compañía.

Tenía dos hijas, Eva y Jaquette: ambas jóvenes hermosas y amables que habrían sido admiradas y queridas en cualquier otro lugar del mundo; en Karlstad, sin embargo, nadie les prestaba atención, pues su madre las eclipsaba por completo. Si asistían a un baile, los jóvenes competían por sacar a la coronela, mientras Eva y Jaquette permanecían sentadas, adornando las paredes. Y, como se

ha mencionado, no era solo el genio de los torrentes quien ofrecía serenatas frente a la casa de los Ekenstedt; sin embargo, nunca hubo quien cantase a los pies de las ventanas de las hijas, sino que únicamente bajo las de la madre se apostaban los rapsodas. Jóvenes poetas componían versos para B. E., pero ninguno dedicaba estrofas a E. E. o J. E. Incluso cuentan las malas lenguas que, cuando un subteniente propuso matrimonio a la joven Eva Ekenstedt, su madre se opuso a causa del mal gusto del muchacho.

La coronela también tenía un coronel, un hombre excelente y de buen carácter, que asimismo habría sido muy apreciado en cualquier otro lugar que no fuera Karlstad. Allí palidecía en comparación con su esposa: al lado de una mujer tan brillante, singular, ingeniosa y vivaz, no parecía sino un humilde granjero. Se volvía invisible para sus propios invitados, quienes hacían caso omiso de sus palabras. No es que la coronela permitiera a ninguno de aquellos que revoloteaban a su alrededor el más mínimo acercamiento inapropiado —nada había reprochable en su conducta—, pero sacar a su esposo de la sombra era algo que ni se le pasaba por la cabeza. Probablemente pensaba que le convenía más pasar desapercibido.

He aquí que esta encantadora y celebrada dama no solo tenía un esposo y dos hijas, sino también un vástago varón, al que amaba, admiraba y aprovechaba para poner en el centro de atención en todas las ocasiones posibles. Los que acudían a casa de los Ekenstedt no podían desatenderlo ni dejar de hacerle aprecio si querían tener la esperanza de que volvieran a invitarlos. No puede negarse que la coronela tenía razones para estar orgullosa de su hijo, pues era un muchacho no solo inteligente, sino de

modales encantadores y físico atractivo; que no se mostraba insolente ni entrometido, como otros niños mimados, ni tampoco hacía novillos en la escuela o jugarretas a los maestros. Más dado al romanticismo que sus hermanas, ya antes de cumplir ocho años mostraba una considerable habilidad para la poesía, y solía acercarse a su progenitora a relatarle cómo había oído tocar al genio de los torrentes, o cómo había presenciado la danza de las elfinas en los prados de Voxnäs. Con sus rasgos delicados y sus grandes ojos oscuros, estaba claro que había salido a su madre en todos los sentidos.

Aunque el muchacho acaparaba el corazón de la coronela, no se podía decir precisamente que ella fuera una madre permisiva: Karl-Artur Ekenstedt tuvo que aprender el valor del esfuerzo. Ella lo consideraba superior a todas las demás criaturas, pero, justamente por eso, no le permitía que en la escuela obtuviera calificaciones que no fuesen las mejores. A nadie se le escapaba que, mientras el muchacho estaba inmerso en sus estudios, la coronela nunca invitaba a su casa a ninguno de los maestros que le enseñaban: no, desde luego nadie podía decir que los excelentes resultados académicos de Karl-Artur se debieran a las distinguidas recepciones que daba su madre. La señora Ekenstedt también en eso tenía clase.

Así que el joven acabó el bachiller con honores, igual que hiciera el gran Erik Gustav Geijer en su tiempo. A continuación, superar el examen de ingreso en la Universidad de Upsala fue para él, al igual que para el eminente historiador y músico, coser y cantar. La coronela había visto al bajito y rechoncho profesor Geijer en muchas ocasiones y había tenido el honor de compartir mesa con él.

Ciertamente, era un hombre talentoso y notable, pero no podía evitar pensar que su hijo poseía una cabeza igual de buena, y que algún día llegaría a ser un catedrático de renombre, capaz de hacer que figuras como el príncipe heredero Óscar, el gobernador Järta, la coronela Silfverstolpe y todas las demás eminencias de la ilustre ciudad universitaria acudieran a escuchar sus conferencias.

En el otoño de 1826, Karl-Artur llegó a Upsala. Durante todo ese primer semestre, así como durante el resto de los años que pasó en la universidad, le escribió a su madre cada semana. Ninguna de esas cartas fue desechada tras leerla; la coronela las guardaba como oro en paño. Las releía a solas una y otra vez, y durante los tradicionales almuerzos dominicales, cuando se reunía la familia, solía deleitar a los comensales con la lectura en voz alta de la más reciente. Y no es de extrañar: eran cartas de las que con razón podía sentirse orgullosa.

Según sospechaba la señora, sus parientes albergaban la esperanza de que Karl-Artur dejara de ser tan ejemplar cuando se independizara. Por eso, fue una victoria para ella poder comunicarles que su hijo había alquilado una habitación económica y ya amueblada, que compraba mantequilla y queso en el mercado para hacer las comidas en casa, y que se levantaba cada mañana a las cinco para trabajar doce horas al día. Además, estaban todos aquellos elogios con los que colmaba a su madre en las cartas, todas aquellas expresiones de admiración que le dedicaba. La coronela no cobraba nada a sus oyentes —el deán Sjöborg, casado con una Ekenstedt; el concejal Ekenstedt, tío paterno de su marido; los primos Stake, que vivían en la gran casa en chaflán junto a la plaza— por leerles lo que su vástago, ya un

hombre hecho y derecho, decía de ella, cómo seguía pensando que su madre podría haber sido una poetisa de primer orden si no hubiera considerado su deber dedicarse en cuerpo y alma a su marido e hijos. No, la señora de la casa no se hacía de rogar ni pedía nada a cambio de referir el contenido de las cartas a su selecto público, lo hacía generosamente y con gusto. A pesar de estar tan acostumbrada a todo tipo de alabanzas, no era capaz de leer esas palabras sin que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Pero la mayor de sus satisfacciones llegó cerca de Navidad, cuando Karl-Artur escribió que, del dinero recibido de manos de su padre cuando partió hacia Upsala, iba a volver con casi la mitad. Tanto el deán como el concejal se quedaron boquiabiertos, y el mayor de los primos Stake juró que algo así nunca había ocurrido ni probablemente volvería a ocurrir. Toda la familia estaba de acuerdo en que el muchacho era un prodigio.

Por supuesto, la coronela sentía un cierto vacío al ver que su hijo pasaba la mayor parte del año sumido en sus estudios, pero las cartas que de él recibía la hacían tan feliz que no deseaba que las cosas fueran de otro modo. Tras asistir a una conferencia del gran poeta neorromántico Atterbom, él se explayaba sobre filosofía y poesía con tal interés que ella no podía sino soñar con toda la grandeza que alcanzaría. Era inconcebible que no llegara a superar en renombre al profesor Geijer. Acaso llegara a ser tan grande como Carl von Linné. ¿Por qué su fama no habría de superar las fronteras? ¿O por qué no podría convertirse en un gran poeta? ¿Por qué no podría ser otro Tegnér? ¡Ay, ay! No hay festín tan generoso como el que uno mismo se sirve en sus pensamientos.

Cuando Karl-Artur regresaba a Karlstad durante las vacaciones de Navidad o de verano, la coronela lo encontraba cada vez más apuesto y varonil. Por lo demás, no había cambiado lo más mínimo. Continuaba mostrándose igual de reverente hacia ella, igual de respetuoso con su padre, igual de bromista y juguetón con sus hermanas.

A veces, la coronela se impacientaba un poco al ver que seguía en Upsala estudiando año tras año, sin que realmente avanzara gran cosa. Pero todos le explicaban que, dado que aspiraba al más alto título, era natural que le llevara su tiempo terminar. Ella debía considerar lo que implicaba aprobar sus exámenes y obtener buenas calificaciones en todas las materias que se enseñaban en la universidad, desde astronomía y hebreo hasta geometría. No podía ser de otro modo. A la madre, sin embargo, aquellas pruebas de conocimiento a las que lo sometían se le antojaban excesivamente rigurosas, y todo el mundo le daba la razón en ello, pero el sistema no podía cambiarse solo atendiendo a las circunstancias de una persona en particular.

A finales del otoño de 1829, cuando Karl-Artur estaba en su séptimo semestre en Upsala, escribió anunciando, para gran alegría de su madre, que se iba a presentar al examen escrito de latín: un examen no particularmente difícil, decía, pero importante, pues dicha asignatura era la que le faltaba para poder obtener el título. No hacía demasiados aspavientos a cuenta de esa prueba; simplemente decía que se alegraría una vez la hubiese superado. El latín nunca le había supuesto un problema, como sí les ocurría a muchos otros, por lo que era de esperar que todo saliera bien.

En la misma carta, mencionaba que esa sería la última vez que escribiría a sus queridos padres durante el semestre. Tan pronto como supiera los resultados del examen, se pondría en camino hacia casa. Estaba seguro de que el último día de noviembre estaría abrazando a sus padres y hermanas.

No, Karl-Artur no le había dado ninguna importancia al examen de latín: algo de lo que más tarde se alegraría, porque, contra todo pronóstico, no lo aprobó. Los profesores de Upsala tuvieron la insolencia de declararlo no apto. A él, que saliera del instituto de Karlstad con matrícula de honor en todas las materias.

El alumno se sintió más sorprendido y desconcertado que verdaderamente ofendido. No podía sino considerar que su dominio del latín era perfectamente satisfactorio. Por supuesto, le fastidiaba regresar a casa con ese fracaso a costas, pero creía que sus padres, o al menos su madre, entenderían que aquello debía de obedecer a algún tipo de mezquindad por parte de sus profesores, deseosos acaso de demostrar que sus exigencias eran mayores que en Karlstad, o, tal vez, que la actitud de Karl-Artur de no asistir a ningún seminario había denotado un exceso de confianza.

El viaje desde Upsala hasta el hogar familiar duraba varios días, y puede decirse que ya había olvidado el contratiempo cuando entró por la puerta oriental de la localidad al caer la tarde del 30 de noviembre. Estaba satisfecho consigo mismo por haber llegado justo el día que había anunciado. Seguro que su madre estaría en la ventana del salón atisbando para verle aparecer, mientras sus hermanas preparaban el servicio de café.

De buen humor, cruzó toda la ciudad hasta que, dejando atrás sus calles angostas y sinuosas, divisó el brazo occidental del Klara, con la casona de los Ekenstedt alzándose justo a orillas del río. ¿Qué diantres era todo aquello? La vivienda se hallaba iluminada en todos sus rincones, resplandecía como una iglesia en una mañana de Navidad. Trineos llenos de gente ataviada con abrigos de piel pasaban a su lado, todos encaminados, por lo que parecía, hacia su hogar.

«Deben de estar organizando un gran convite», pensó, no sin cierta molestia. Estaba cansado del viaje y, ahora, en lugar de descansar, tendría que cambiarse de ropa y hacer compañía a los invitados hasta medianoche.

De repente, se sintió inquieto. «Espero que mamá no haya organizado una fiesta para celebrar el examen de latín». Pidió entonces al cochero que lo dejara en la entrada trasera, para evitar encontrarse con el gentío; un par de minutos después, dieron el aviso a la coronela de que acudiera al cuarto de la sirvienta, donde él la esperaba.

Tras haber estado todo el día muy preocupada por que su hijo no llegara a tiempo para la cena, la señora de la casa no cabía en sí de contento cuando le dieron la noticia, de modo que se apresuró a salir a su encuentro.

Pero Karl-Artur la recibió con una expresión severa, sin importarle cómo ella alargaba los brazos hacia él. De hecho, no hizo el más mínimo gesto de saludarla.

—¿Qué es todo esto, madre? —dijo—. ¿Por qué has invitado a toda la ciudad?

No había palabras de cariño esta vez, ni mostraba la más mínima alegría por verla.

—Bueno, pensé que había que celebrarlo —repuso ella—, ahora que has superado un examen tan duro.

—Parece que no has contemplado la posibilidad de que pudiera suspender —respondió Karl-Artur—. Y sin embargo, así ha sido.

La coronela lo miró de hito en hito.

Jamás se le habría pasado por la cabeza que a su hijo pudieran suspenderlo.

—En fin, no es que tenga mucha importancia —continuó él—. Pero ahora toda la ciudad lo sabrá. Has invitado a toda esta gente para celebrar mis éxitos.

La madre seguía atónita. Sabía cómo eran los habitantes de Karlstad: aunque pudieran valorar la aplicación y la austeridad de un estudiante, eso no les bastaba. Esperaban premios de la Academia Sueca, disertaciones tan brillantes que dejaran a los viejos catedráticos mudos de asombro. Esperaban discursos geniales en las fiestas de la nación e invitaciones a los círculos literarios, a las reuniones con el profesor Geijer, con el gobernador von Kræmer, con la coronela Silfverstolpe.

Esas eran las cosas que de verdad apreciaban; sin embargo, en la carrera de Karl-Artur no había hasta el momento ninguno de esos signos de brillantez y excepcionalidad que pudieran encumbrarlo como un talento destacado. La señora Ekenstedt sabía que la gente echaba en falta todo eso, de modo que, cuando él por fin pasara con éxito una prueba de sus conocimientos, le pareció que no estaría mal darle un poco de bombo al asunto.

Pero nunca, nunca habría podido imaginar que Karl-Artur no aprobaría el examen.

—La verdad es que, aparte del servicio, nadie sabe nada en concreto —reflexionó ella—. A los de fuera solo les hemos dicho que se trataba de celebrar una buena nueva.

—Entonces tendrás que inventarte una buena nueva para ellos —le espetó Karl-Artur—. Me voy a mi habitación, y no pienso bajar a cenar. No porque crea que la gente de Karlstad se vaya a tomar mal mi fracaso, sino porque no quiero sus condolencias.

—¿Y qué diantres les voy a contar? —se quejó la coronela.

—Eso lo dejo en tus manos, madre. Me voy a mi cuarto. Los invitados no tienen por qué saber siquiera que estoy aquí.

No, aquello no podía ser. ¿Iba ella a sentarse a la mesa, resplandeciente, mientras su hijo se encerraba en su cuarto, triste y malhumorado? No soportaría quedarse sin el placer de su compañía, era demasiado para la coronela.

—Querido Karl-Artur, debes bajar a cenar. Me inventaré algo.

—¿El qué, madre?

—No lo sé. ¡Espera, ya está! Tú no te preocupes, nadie va a saber que la cena fue organizada en tu honor. ¡Pero prométeme que te cambiarás de ropa y bajarás!

La velada fue todo un éxito. Entre todas las espléndidas recepciones en casa de los Ekenstedt, esta fue una de las más memorables. Una vez servido el asado y el champán, llegó la sorpresa: el coronel se levantó y pidió a los presentes que se unieran a él para brindar por la dicha de su hija Eva y del teniente Sten Arcker, cuyo compromiso deseaba anunciar en ese instante.

Un grito de júbilo recorrió la estancia. Era bien sabido que el teniente Arcker, un hombre de escasos recursos y con pocas perspectivas de ascenso, hacía tiempo bebía los vientos por Eva Ekenstedt y, dado que las jóvenes de la

familia rara vez contaban con admiradores, toda la ciudad venía siguiendo el asunto con creciente interés. No obstante, siempre se había dado por sentado que la señora Ekenstedt acabaría oponiéndose al enlace.

Más tarde, sin embargo, la verdad comenzó a abrirse camino entre los comensales, revelándoles los entresijos de aquel inesperado anuncio. Los habitantes de Karlstad fueron entonces conscientes de que la coronela había dado su consentimiento al compromiso de Eva y Arcker tan solo para evitar que se supiera que la sorpresa que originariamente pensaba dar a los invitados se había ido al garete. Sin embargo, aquello en modo alguno menguó la estima que la dama inspiraba. Muy al contrario, quedó confirmado que nadie poseía mayor destreza para sortear con elegancia las situaciones difíciles y comprometedoras que la coronela Ekenstedt.

II

La coronela Beate Ekenstedt tenía la costumbre de, cuando alguien la ofendía, aguardar a que el responsable se presentase a implorar su perdón. Solo cuando dicha ceremonia quedaba cumplida, otorgaba su absolución de buen grado y volvía a mostrarse tan afable y cercana como antes de la disputa.

Durante todas las festividades navideñas, abrigó la esperanza de que Karl-Artur le ofreciera sus disculpas por el tono severo con que se dirigiera a ella aquella noche de celebración, tras su regreso de Upsala. Le parecía comprensible que, en un primer arrebato, hubiese cometido semejante falta; pero lo que no alcanzaba a entender era

su obstinado mutismo, su negativa a reconocer siquiera su yerro, cuando ya había tenido tiempo sobrado para la reflexión.

Sin embargo, Karl-Artur dejó pasar los días sin pronunciar una sola palabra de arrepentimiento o de pesar. Se entregó, como de costumbre, a reuniones y paseos en trineo, mostrándose atento y jovial en casa, mas sin proferir aquellas dos palabras que la coronela aguardaba. Quizá nadie salvo ellos mismos advirtiera la sombra que se interponía entre ambos, una barrera invisible que les impedía acercarse del todo. No faltaban el afecto ni los gestos de ternura, pero aquello que los distanciaba seguía sin eliminarse.

Al regresar Karl-Artur a Upsala, no pensaba en otra cosa que en redimirse de su anterior fracaso. Si la coronela confiaba en que su hijo se retractara por escrito, acabaría desengañándose. Sus cartas versaban exclusivamente sobre sus estudios de latín: ahora, asistía a los seminarios de dos catedráticos, acudía a diario a lecciones magistrales y se había afiliado incluso a un círculo en el que se fomentaba el debate y se leían discursos en latín. Ponía todo su empeño en que, esta vez, nada le impidiese superar la prueba.

Las cartas que enviaba a casa rebosaban esperanza, y la coronela respondía con el mismo tono. No obstante, su inquietud no menguaba. Su hijo se había mostrado descortés con su propia madre sin haber solicitado su perdón, y bien podía ocurrir que el destino le impusiera un castigo. No es que ella desease para él semejante sanción. De hecho, elevaba sus plegarias al Altísimo, suplicándole que no tomara en cuenta aquella falta menor y que todo

quedase en el olvido. Incluso trataba de excusarle ante el Señor, atribuyéndose la culpa de lo ocurrido:

—La necia y vanidosa fui yo, que quise deslumbrar a los demás con sus triunfos. No es él quien merece castigo, sino yo misma.

Sin embargo, continuó escudriñando cada misiva en busca de aquellas palabras que seguía sin hallar. Y a medida que la espera se prolongaba, su desazón crecía. Sentía con certeza que a Karl-Artur no podría sonreírle la fortuna en los exámenes si antes no contaba con su perdón.

Un buen día, cuando se acercaba el final del semestre, la coronela anunció su intención de viajar a Upsala para visitar a su buena amiga Malla Silfverstolpe. Se habían conocido el verano anterior en Kavlås, en casa de los Gyllenhaal, donde trabaron tal amistad que la encantadora Malla la había instado a que la visitara en invierno, con la intención de presentarla a su distinguido círculo literario.

En Karlstad, la noticia causó perplejidad. Nadie entendía cómo la señora Ekenstedt podía emprender semejante travesía en pleno deshielo. Se pensó que su esposo habría de oponerse, pero, como era su costumbre, otorgó su consentimiento, y la coronela partió. El viaje fue, en efecto, tan penoso como los habitantes de Karlstad habían vaticinado. En varias ocasiones, su carruaje quedó atrapado en el fango, y fue preciso alzarlo con varas. Una vez, se quebró un resorte; otra, fue la lanza del vehículo la que se partió de cuajo. Pero ella no cejó en su empeño. Pequeña y frágil de cuerpo, era, sin embargo, valiente y resuelta. Los posaderos, mozos, herreros y campesinos que encontraba en el camino parecían dispuestos a dar la vida por

ella. Parecían presentir cuán imprescindible era que la viajera alcanzase Upsala.

La señora Silfverstolpe, por supuesto, estaba al tanto de su visita, pero no así Karl-Artur, de manera que la condesa le había pedido a Malla que no le revelara nada a su hijo. Quería darle una sorpresa.

Cuando hubo llegado a Enköping, hubo una nueva parada inesperada. Allí, a tan solo unas pocas millas de Upsala, se había aflojado el aro de una de las ruedas, y mientras no fuera reparado, no habría manera de continuar. El desánimo se apoderó de ella. Llevaba mucho tiempo en ruta, y el examen de latín podría tener lugar en cualquier momento. Su viaje obedecía a un único propósito: dar a Karl-Artur la oportunidad de disculparse antes de la prueba. Sabía que, si no lo hacía, no importaba lo que estudiara o los seminarios a los que asistiera: su fracaso estaba garantizado, sin duda alguna.

Apenas podía parar quieta en la habitación que le habían preparado en la posada. Subía y bajaba las escaleras una y otra vez para ver si la rueda del carruaje ya había vuelto de la herrería. En uno de esos momentos fue cuando vio un coche entrar en el patio. En el asiento de al lado del conductor se sentaba un estudiante, que enseguida se apeó del vehículo. Y ese estudiante era... era... No, no daba crédito a sus ojos... ¡Era Karl-Artur!

Él se le acercó. Pero, en lugar de abrazarla, tomó su mano, la apretó contra su pecho, y con sus hermosos y soñadores ojos infantiles la miró fijamente.

—Madre —dijo—, perdóname por haberte tratado tan mal aquella vez, cuando organizaste la fiesta para celebrar mi examen de latín.

Aquella era una dicha casi demasiado grande para ser cierta. La coronela apartó la mano, lo rodeó con sus brazos y lo colmó de besos. No comprendía nada, pero sabía que había recuperado a su hijo, de modo que sentía que aquel era el momento más feliz de su vida.

Lo llevó dentro de la posada, y entonces vino la explicación. No, aún no había hecho el examen. La prueba tendría lugar al día siguiente. A pesar de ello, había salido para Karlstad con el fin de encontrarse con ella.

—¡Estás loco! —exclamó su madre—. ¿Pensabas ir y venir en un solo día?

—No —respondió él—, lo daba todo por perdido, pero sabía que esto era algo que yo estaba obligado a hacer. No me serviría de nada presentarme al examen sin haberlo hecho. No puedo aprobar hasta recibir tu perdón.

—Pero, hijo mío, con tan solo unas líneas habría sido suficiente.

—Me he sentido desorientado y confuso durante todo el semestre. Me consumía la angustia, había perdido la confianza en mí mismo, aunque no sabía por qué. Solo anoche me llegó la revelación: había herido el corazón que con tanto cariño late por mí. Comprendí que mis esfuerzos no darían fruto alguno hasta que no hubiera pedido perdón a mi madre.

La coronela se cubrió con una mano los ojos llenos de lágrimas y extendió la otra hacia su hijo.

—Esto es maravilloso, Karl-Artur. ¡Cuéntame cómo has decidido venir hasta aquí!

—Bueno —empezó él—, en mi alojamiento vive otro joven oriundo de Vermelandia. Se llama Pontus Friman y es pietista. No se mezcla con otros estudiantes, yo tampoco

he tenido apenas trato con él. Pero esta mañana temprano he ido a su cuarto y le he explicado mi situación. «Tengo la madre más cariñosa que nadie pueda desear», le he dicho. «Sin embargo, la he herido, y no le he pedido perdón. ¿Qué debo hacer?».

—¿Y cuál ha sido su respuesta?

—Tan solo esto: «¡Ve de inmediato a su encuentro!».

Le he explicado que ese era mi mayor deseo, pero que mañana tenía que presentarme al examen, que a mis padres no les gustaría que dejara de hacerlo. Sin atender a mis razones, Friman me ha insistido: «¡Ponte en camino ya mismo! No pienses en nada más que en reconciliarte con tu madre. Dios te ayudará».

—¿Y entonces has emprendido el viaje, así, sin más?

—Sí, madre, he venido para postrarme a tus pies. Aunque, he de decir que apenas me he subido al coche, he tenido la sensación de estar cometiendo una locura imperdonable. He estado muy tentado de dar media vuelta. Sabía que en realidad no pasaba nada por el hecho de que me quedase en Upsala, que tu amor me lo perdonaría todo. De todos modos, seguí adelante. Y, en efecto, Dios me he ayudado. Te he encontrado aquí. No sé cómo se han cruzado nuestros caminos, pero debe de ser Su voluntad.

Las lágrimas bañaban los rostros de madre e hijo. ¿No era acaso lo sucedido un milagro? Se sentían bajo la guarda de la bondadosa Providencia, percibiendo, más que nunca, la fuerza del amor que los unía.

Pasaron una hora juntos en la posada. Luego, la corone-la envió a Karl-Artur de regreso a Upsala, con el encargo de que comunicara a su querida Malla Silfverstolpe que su visita quedaba de momento pospuesta.

Y es que ya no tenía ningún interés en ir a Upsala. El propósito del viaje se había cumplido. Con la certeza de que ahora Karl-Artur aprobaría el examen, podía regresar tranquila a su hogar.

III

Todo Karlstad sabía que la coronela era una mujer de firmes convicciones religiosas. Su asistencia al servicio dominical estaba tan asegurada como la del propio pastor y, entre semana, reunía a todos los habitantes de su casa para rezar la oración tanto al alba como al anochecer.

No escatimaba dádivas con los pobres, de los que se acordaba no solo durante las festividades navideñas, sino a lo largo de todo el año. Daba de comer a varios escolares menesterosos, y, el día de su santo, agasajaba a las ancianas del hospicio con un gran festín de café y dulces.

A nadie en Karlstad, y mucho menos a ella misma, se le habría ocurrido que pudiera desagradar a Dios el hecho de que, tras las comidas familiares de los domingos, se permitiera una tranquila partida de cartas en compañía del deán, el concejal y el mayor de los primos Stake. Del mismo modo, a nadie se le habría pasado por la cabeza que fuese pecado que los jóvenes que acudían a casa del coronel esas tardes se entregaran al baile en el amplio salón. Ni la coronela ni ningún otro habitante de la ciudad había oído jamás que resultara censurable servir una copa de un buen vino en un banquete o entonar una canción a modo de brindis —a menudo compuesta por la propia anfitriona— antes de apurarla. Tampoco sabían de ningún mandamiento divino que prohibiese la lectura o la asistencia al teatro.

Bien al contrario, la señora Ekenstedt era aficionada a organizar espectáculos caseros, en los que ella misma intervenía y hacía gala de sus dotes actorales. Renunciar a semejante placer le habría supuesto un sacrificio sumamente doloroso, pues parecía hecha para la escena. Tanto era así, que los vecinos solían decir que, si la célebre Sara Torsslow pisaba las tablas con solo la mitad de talento que la coronela Ekenstedt, no era ni mucho menos de extrañar el apego que por aquella profesaban los estocolmenses.

Sin embargo, ocurría que su hijo, que permaneció en Upsala un mes entero tras superar con éxito el difícil examen de latín, había trabado durante ese tiempo estrecha amistad con Pontus Friman, un ardiente, severo y elocuente defensor de la corriente pietista. No podía decirse que Karl-Artur hubiera experimentado una verdadera conversión, pero su enardecimiento espiritual había sido lo suficientemente intenso como para que empezara a inquietarse por las distracciones mundanas que tanto abundaban en su hogar.

Por entonces, madre e hijo mantenían una relación de excepcional cercanía y confianza, por lo que este se atrevió a señalarle con toda franqueza aquellas costumbres que encontraba reprobables. Ella, en su infinita paciencia, accedió a cuanto le fue posible. Como el joven sufría al verla jugar a las cartas, en la siguiente reunión familiar pretextó dolor de cabeza y cedió su puesto en la mesa al coronel. (Al fin y al cabo, no era cosa de que ni el deán ni el concejal se quedasen sin su habitual partida). Como Karl-Artur abominaba del baile, su madre también renunció a él: cuando los muchachos de siempre acudieron la noche del domingo, les explicó que, a sus cincuenta años, se sentía

ya demasiado mayor para la danza. (Aunque, eso sí, al ver la decepción pintada en sus rostros, se conmovió y, si bien no se sumó al corro, tomó asiento al piano y tocó para que ellos bailaran hasta bien entrada la medianoche).

Él, por su parte, la obsequiaba con libros que deseaba que ella leyese, y la coronela los aceptaba con gratitud, hallándolos hermosos y de provecho espiritual. Pero no por ello podía resignarse a nutrir su espíritu únicamente con aquellas solemnes lecturas pietistas. Persona culta como era, gustaba de estar al tanto de las letras universales. Así sucedió que, un día, su hijo la sorprendió con un ejemplar del *Don Juan* de Byron, que yacía escondido bajo su devocionario. Sin decir palabra, se apartó con un gesto de muda desaprobación. El silencio con que la juzgó la conmovió más que cualquier reproche. Al día siguiente, sin que él tuviese que insistir, la coronela empaquetó todos sus libros profanos y los guardó en el desván.

No cabía duda de que hacía cuanto estaba en su mano para mostrarse complaciente. Una mujer inteligente y de buen juicio como ella sabía bien que aquello no podía ser sino una exaltación pasajera que, con el tiempo, habría de disiparse. Cuanta menos resistencia encontrase, más pronto se desvanecería. Por fortuna, se hallaban en la temporada estival, cuando la mayoría de las familias pudientes de Karlstad había salido de viaje, de modo que apenas se hacían grandes celebraciones. Los días discurrían entre inocentes caminatas por la naturaleza, largos paseos en barca por las aguas del hermoso río Klara, alegres excursiones de recolección de bayas y juegos al aire libre.

Hacia el final de la estación, sin embargo, se avecinaba un acontecimiento de mayor trascendencia: Eva Ekenstedt

se desposaría con el teniente. La coronela no dejaba de inquietarse por el resultado de la ceremonia. Sentía que no tenía más remedio que organizar una boda fastuosa, pues, de no hacerlo, en toda la ciudad se murmurarían nuevas maledicencias sobre su supuesto desinterés por sus hijas.

Para su alivio, la complacencia que había mostrado con Karl-Artur parecía ya haber surtido efecto. Este no se opuso ni a los doce platos del banquete ni a la imponente *croquembouche* o al resto de exquisitos dulces; ni siquiera a los vinos y licores traídos de Gotemburgo. No halló reparo en que la ceremonia se celebrase en la catedral; ni en que las calles por donde transitaría la comitiva nupcial se engalanasen con guirnaldas; ni en que la ribera del río se iluminase con antorchas, barriles de brea encendidos y fuegos artificiales. Antes bien, tomó parte activa en los preparativos, entregándose con fervor a la confección de los múltiples ornamentos y a la colocación de banderines.

Solo una condición impuso: que no hubiese baile en la boda. La coronela cedió gustosamente en ese punto y se lo prometió, ya que en todo lo demás su hijo se había mostrado tan razonable.

El coronel y sus hijas intentaron una tímida protesta. ¿Qué hacer con los jóvenes tenientes y las muchachas de Karlstad, todos ellos invitados y convencidos de que danzarían hasta el amanecer? Pero la señora Ekenstedt, con firmeza, respondió que la velada sería espléndida por la gracia de Dios, y que los muchachos bien podrían pasear por el jardín, escuchar a la banda de música, contemplar el ascenso de los cohetes y el reflejo de los hachones en el agua del río. Sin duda, todo aquello constituiría una

celebración más digna y solemne del nuevo matrimonio que el simple alborozo de una pista de baile. El coronel y las jóvenes cedieron, como siempre, y la paz doméstica permaneció intacta.

Llegado el día, todo se hallaba dispuesto. No hubo nada que fallase: el tiempo acompañó, la ceremonia y los brindis discurrieron sin contratiempos, la coronela recitó unos versos de su propia autoría que fueron aplaudidos en la mesa y la banda de música de Värmland interpretó una marcha con cada plato servido. Los comensales se deleitaron con el espléndido convite y se mostraron de lo más alegre y festivo mientras duró la cena.

No obstante, apenas hubieron apurado el café, todos los presentes se vieron invadidos por un vehemente e irresistible deseo de bailar.

Ha de tenerse en cuenta que la cena había comenzado a las cuatro en punto, y de puro bien organizada, con mayordomos eficientes y doncellas por doquier, no se había alargado más allá de las siete. Era asombroso que los doce platos, los numerosos brindis, las fanfarrias y las canciones de mesa no hubieran durado más de tres horas. Si bien la anfitriona había esperado que los invitados permanecieran sentados hasta las ocho, esa esperanza no se cumplió.

Así pues, apenas habían dado las siete, y como a nadie se le pasaba por la cabeza despedirse antes de la medianoche, los invitados comenzaron a desanimarse al pensar en las largas horas vacías que tenían por delante.

«¡Ojalá pudiéramos bailar!», suspiraban para sus adentros, pues la señora Ekenstedt había tomado la precaución de avisar de antemano de que en esa boda el baile no

estaba permitido. «¿Cómo nos vamos a entretener? Va a ser insoportable pasar horas y horas charlando, sin que podamos movernos». Las jóvenes miraban sus vestidos ligeros y vaporosos, sus zapatos de raso blanco: todo su atuendo estaba pensado para la danza. Con semejante indumentaria, el deseo de moverse al compás de la música nacía por sí solo; no podían pensar en otra cosa.

Los jóvenes tenientes del regimiento de Vermelandia estaban siempre muy solicitados como parejas de baile. En invierno se les solía invitar a tantas fiestas que llegaban a aburrirse, de modo que, a veces, costaba un poco sacarlos a la pista. Sin embargo, ahora, después de todo un verano sin grandes veladas, se sentían descansados y listos para bailar un día entero si hiciera falta. Decían que pocas veces habían visto reunidas a tantas muchachas hermosas. ¿Qué clase de fiesta era esa? Invitar a jóvenes oficiales y a bellas damas y no dejar que se juntaran para dar vueltas al ritmo de una alegre tonada... ¡Vaya sinsentido!

No solo los jóvenes anhelaban el baile. También los mayores lamentaban que la juventud no pudiera moverse un poco, aunque no fuera por otra cosa que, al menos, tener algo que contemplar. A su disposición tenían la mejor música que pudiera encontrarse en toda la comarca. También el salón de baile más espléndido que uno pudiera imaginarse. ¿Por qué, entonces, no se les permitía disfrutar de todo ello? La tal Beate Ekenstedt, a pesar de lo mucho que la querían y admiraban, siempre había sido un poco egoísta. Parecía ser de la opinión de que, como ella ya no podía participar en los bailes tras haber cumplido los cincuenta, sus jóvenes invitados debían quedarse adornando la estancia como floreros.

La coronela veía, escuchaba, sentía y comprendía el descontento general. Para una excelente anfitriona como ella, acostumbrada a que sus fiestas fueran siempre animadas y alegres, aquello suponía un suplicio indescriptible.

Estaba segura de que al día siguiente, y durante muchos días más, la gente describiría la boda de los Ekenstedt como el acontecimiento más aburrido al que jamás hubieran asistido.

Intentó animar a los mayores. Mostró sus maneras más encantadoras, contó sus mejores anécdotas, hizo gala de su ingenio, pero nada de eso surtió efecto. Apenas la escuchaban. No había dama tan vieja y aburrida en aquella boda que no se dijera para sus adentros que, si alguna vez tenía la suerte de casar a su hija, no privaría del baile a ninguno de los invitados.

Intentó entonces animar a los jóvenes. Les sugirió que salieran al jardín a jugar a las carreras. La miraron con incredulidad. ¡Jugar a las carreras en una boda! Si no fuera quien era, se habrían reído en su cara.

Cuando llegó la hora de los fuegos artificiales, los caballeros ofrecieron el brazo a las damas y pasearon juntos a lo largo de la ribera del río. Pero las parejas jóvenes iban arrastrando los pies, sin ni siquiera levantar la vista para contemplar el ascenso de los cohetes. No les apetecía dar su aprobación a ningún sucedáneo de la diversión que realmente anhelaban.

La luna salió entonces, como queriendo realzar el luminoso espectáculo. No era un gajo de luna, sino una espléndida luna llena que aquella noche lucía en el firmamento rolliza como una bola. Un bromista comentó que la plateada esfera había engordado de la pura sorpresa de ver a

tantos oficiales apuestos y a tantas doncellas hermosas mirando melancólicamente el agua del río, como si pensarán arrojar a él para quitarse la vida.

Medio Karlstad se había congregado junto a la verja del jardín para admirar el esplendor de la fiesta. Sin embargo, al no divisar sino jóvenes deambulando con apatía e indiferencia, no tuvieron más remedio que convenir en que jamás habían presenciado una boda más deslucida.

La banda del regimiento comarcal hacía lo posible por amenizar el ambiente. Pero como la anfitriona había prohibido la música de baile —pues temía, de lo contrario, no poder controlar a los jóvenes—, el repertorio era escaso y las mismas piezas debían repetirse una y otra vez.

No sería exacto decir que las horas pasaran despacio: no, el tiempo estaba detenido del todo. Los minutereros de los relojes se movían con la misma lentitud desesperante que la manecilla que marcaba las horas.

En el río, cerca de la casa, flotaban un par de grandes barcazas. En una de ellas, un marinero tocaba una tradicional *polska* sueca con su desafinado violín casero.

Los pobres invitados, prisioneros en el jardín de los Ekenstedt, aguzaron el oído: ¡al menos aquello era música de baile! Sin pensárselo dos veces, se apresuraron a escaparse por la puerta del jardín y, en un abrir y cerrar de ojos, allí estaban, girando y taconeando al compás de una *polska* campesina en la cubierta alquitranada de una de las barcas que navegaban por el Klara.

La anfitriona no tardó en percatarse de la huida. Entendiendo que no podía permitir que las señoritas más distinguidas de Karlstad bailaran en una sucia barcaza de carga, les envió de inmediato a un criado con el recado de que

volvieran a la casa. Ni siquiera el más joven de los alféreces hizo ademán de obedecer a la coronela, a pesar de su rango.

Esta aceptó entonces su derrota. Ya había hecho bastante por complacer a Karl-Artur; ahora debía salvar el honor de la casa de los Ekenstedt. Ordenó a la banda del regimiento que subiera al gran salón y les indicó que tocaran una contradanza.

Poco después, oyó cómo los jóvenes sedientos de jolgorio subían las escaleras a la carrera. ¡Al fin comenzó el baile! Fue una velada memorable, de esas que rara vez se ven. Los que llevaban tanto esperando ardientemente el momento se entregaron con frenesí a recuperar el tiempo perdido, a volar por la pista de baile con interminables giros, brincos y volatines. No se veía a nadie cansado ni a disgusto. Ni una sola muchacha, por poco agraciada que fuera, se quedó sin pareja.

Los mayores tampoco pudieron resistirse, y lo más sorprendente fue que hasta a la propia coronela —sí, la misma que había dejado ya de bailar y de jugar a las cartas, la misma que había hecho guardar en el desván todos los libros mundanos—, le resultó imposible quedarse quieta. Se lanzó a la pista y se deslizó por ella con ligereza, dejándose llevar por la música. Parecía tan joven como la novia, su propia hija; o incluso aún más joven. Los habitantes de Karlstad se sintieron dichosos al ver que habían recuperado a su encantadora y risueña anfitriona.

La alegría alcanzaba su punto álgido mientras, fuera, la noche era hermosa y agradable, y el río resplandecía bajo la luz de la luna: todo era como tenía que ser.

La mayor prueba del contagioso entusiasmo fue que hasta el mismísimo Karl-Artur se dejó llevar por él. De un momento a otro había dejado de entender qué había de malo o pecaminoso en mover el cuerpo con ritmo y armonía en compañía de otros jóvenes despreocupados. Le parecía lógico que la juventud, la dicha y la lozanía se expresaran de aquella forma. Si lo hubiera considerado un pecado, jamás se habría unido a ellos. Pero aquella noche todo le pareció inocente y natural.

Hasta que, de repente, en plena danza, alzó la vista hacia la puerta del salón y vio un rostro pálido, enmarcado por cabello y barba negros, con unos ojos grandes y cándidos que lo miraban con dolorosa perplejidad.

Se detuvo en seco. Aunque en un primer momento creyó que podría tratarse tal vez de una alucinación, enseguida reconoció a su amigo Pontus Friman, quien le había prometido visitarlo cuando pasara por Karlstad. Casualmente se había presentado justo aquella noche.

Karl-Artur no dio un paso más; sin pensarlo dos veces se apresuró a acudir junto al recién llegado. Este no dijo nada, sino que lo agarró del brazo y lo arrastró escaleras abajo hacia noche.